

Y la música juega en esa arquitectura emocional un papel primordial que me iba a hacer disfrutar de Nueva York hasta el último sorbo. Las reticencias se rompieron definitivamente cuando visité Harlem. Quienes veneran la música negra por encima de cualquier cosa podrán entender mi sentimiento a las puertas del Apollo Theater, última parada conocida de la surrealista gira *post mortem* que le organizaron al revolucionario del ritmo, James Brown. La historia se desprende de cada luz de neón, y la intrahistoria en cada ladrillo de cada iglesia. Uno puede afrontar la visita a una misa gospel como el espectáculo turístico que es, pero si mira con detenimiento puede palpar el dolor de un pueblo que aún se siente emigrante en Nueva York, y que mantiene el amable marchamo rural del Sur después de haberlo abandonado.

Cuando uno peregrina a Nueva York, no puede evitar imaginarse a Charlie Parker, Dizzy Gillespie o Miles Davis paseando por la calle 52 con sus instrumentos enfundados y sus oscuros e impolutos trajes, pero hoy ese ambiente ya no existe. El bop nació en un contexto ya irrecuperable (todas las épocas lo son), y ahora en el Midtown el jazz pasa por Birdland, el local que apadrinó Parker y que a día de hoy constituye una catedral del jazz un tanto plastificada y al margen del auténtico movimiento musical neoyorquino. El día que me zampé una hamburguesa al calor de las velas de un espacio demasiado pulcro, demasiado perfecto para la imagen golfa que uno se había hecho de los años cuarenta, tocaba Arturo O'Farrill una serie de piezas de corte latino que no eran lo que me esperaba encontrar.

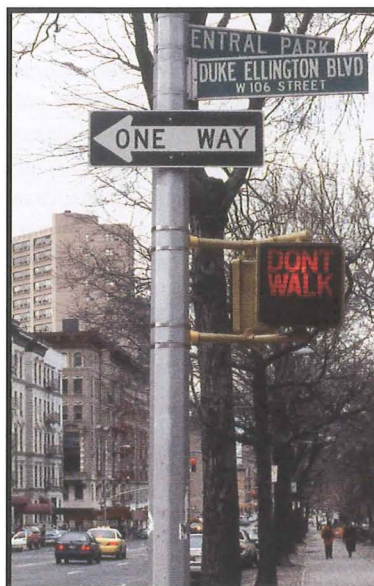
Había que acabar con esa sensación

Soñaba con aquel momento y ahora que por fin había llegado a Nueva York, me sentía profundamente desconcertado. Alojado en pleno corazón de Broadway, las moles de hormigón características del Midtown, el incesante y ruidoso tráfico, las luces de neón, la marea de gente y el penetrante olor a fritanga que envuelve a la ciudad me tenían en un estado que fluctuaba entre la desazón y la ansiedad. Veinticuatro horas más tarde me sentía un neoyorquino más, embriagado de ese calor al foráneo que despiden las grandes ciudades, y empapado, ahora ya sí, de todos los mitos de la adolescencia convertidos en realidad.

El corazón de la manzana

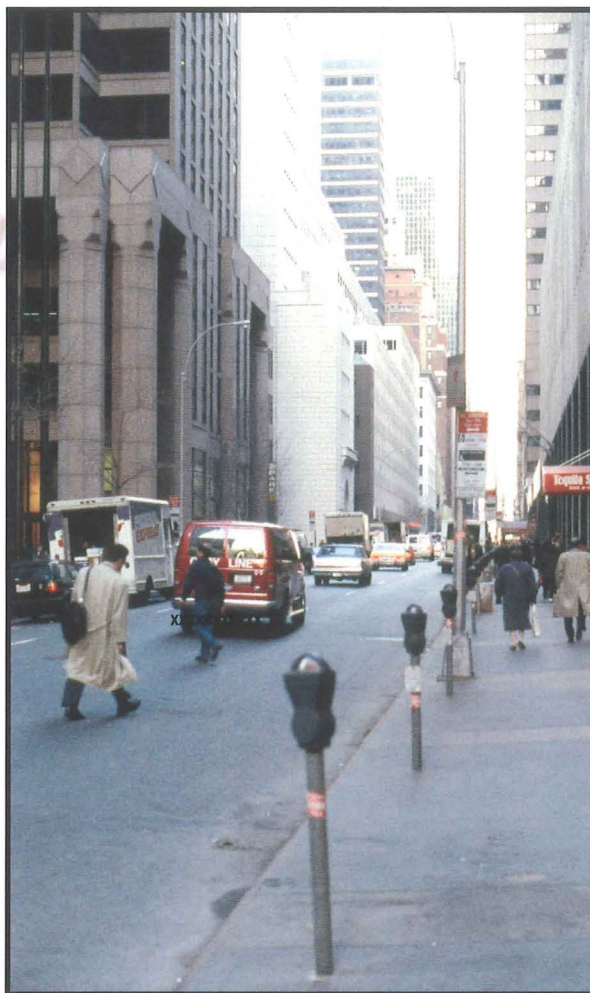
de manufactura, de espectáculo para turistas, y opté por preguntar a un nativo, que me recomendó el Garage, un local de la Séptima Avenida. Allí, una banda liderada por un joven trombonista desgranaba piezas de producción propia. Aquella era una actuación real, del Nueva York de ahora, en un local moderno cuyo ambiente vivía más del devenir de los tiempos que de un pasado al que otros no estaban siendo muy fieles, en realidad. Por otro lado, el Blue Note podría

encajar en la misma categoría que el Birdland, sólo porque su nombre atrae a peregrinos de Europa y Japón, pero está enclavado en el Greenwich Village. El barrio recuerda en amplios murales a las figuras de la música popular que de una forma u otra pasaron por sus apartamentos y locales, donde uno puede escuchar funk, rhythm&blues o jazz en directo. Janis Joplin, los Rolling Stones, Chuck Berry, Ray Charles o Little Richard adornan las paredes de La Latina, un lugar que los jóvenes de la New York University mantienen vivo. No hay



que olvidar, sin embargo, que ésta es una universidad privada y carísima, y que el ambiente bohemio que promueve es por tanto una decisión estética más que un imperativo de la cruda realidad, como ocurría cuarenta años atrás. Por eso, la figura de un joven enclenque y desaliñado de apenas veinte años, tocado con una gorra de maquinista a la antigua usanza sobre ensortijados rizos, y con una guitarra enfundada en la mano, me hizo pensar inmediatamente que si algo caracterizó precisamente a Bob Dylan fue la originalidad. "Por ese camino te equivocas, chaval".

Fue en el Greenwich Village donde disfruté de uno de los mejores músicos callejeros que me topé en Nueva York, aunque he de decir que en esta ciudad los mejores sonidos se escuchan en locales calefactados y con amplias cartas de cócteles. Pero es que el "genio" escasea en todas partes, y el disfrute de la música callejera pasa más por la originalidad de las improvisadas bandas de skiffle o los boppers sin manager, que por *vival-*



La calle 52 a principios del siglo XXI.

dis o *gershwins* aún por descubrir.

Fue el caso del joven que en el Greenwich Village, como decía, repasaba el cancionero de Jimi Hendrix al bajo, sacando todo el *groove* a su instru-

mento. Fue el caso del trompetista que en la Octava Avenida, muy cerca del Madison Square Garden, parafraseaba solos de Parker al saxo con un disco como acompañamiento. Lo hacía con gusto, soltura y una eterna y acogedora sonrisa en la boca, pero sin genio. El encanto de Nueva York es ése, un encanto que nunca se llega a abarcar del todo, que no se termina de comprender, que te obliga a hacer la promesa de regresar. Lo haré, tengo pendiente entrar en The Jazz Gallery, el local que anuncia en su programación semanal a Roy Hargrove sin darse por ello la mejor importancia. Es un lugar de pequeña entrada

en la frontera entre el Soho, el Village y TriBeCa, apartado del corazón turístico en el que, quién sabe, quizá se esconde la esencia musical de esa maravillosa ciudad, el auténtico corazón de la Manzana.

JAZZ SESSION

UN ESPACIO DONDE EL CÍRCULO SE CIERRA ALREDEDOR DE LA MÚSICA DEL SIGLO XX (Y XXI) DIRIGIDO Y PRESENTADO POR ALEJANDRO CIFUENTES Y FERNANDO BEZOS

EN EL 100.4 F.M.

LOS JUEVES DE 20:00 A 22:00 H. CIRCULOJAZZ@HOTMAIL.COM

AHORA TAMBIÉN EN INTERNET: WWW.CIRCULOELLASARTES.COM



abriendo el círculo